

fiestas osaréis enderezar vuestros pasos, sin retiraros al momento y volver bañadas en lágrimas al seno de vuestra soledad? Y cuando llegue para vosotras la edad del matrimonio, ¿cuál será el hombre, hijas mías, que se atreva á echar sobre sí ese cúmulo de oprobios, eterna mancha de mis padres y vuestra? Porque, ¿cuál es el crimen que falta aquí? Vuestro padre asesinó á su padre; contaminó el lecho nupcial donde habia sido concebido, y os dió la vida en el mismo seno á que debia la suya. Ved lo que se os echará en cara; ¿y quién, al oirlo, os elegirá por esposas? Nadie, hijas mías, nadie: viviréis por necesidad vírgenes y solas. ¡Oh hijo de Meneceo! pues que eres el único que quedas para servirles de padre, ya que hoy pierden á los que les han dado el ser, no las abandones, que al fin corre por sus venas sangre tuya; no permitas que pasen la vida reducidas á la mendicidad; no iguales, por último, su infortunio á mis desgracias. Ten lástima de estas inocentes, privadas de todo en sus tiernos años, y que no cuentan con mas apoyo que el tuyo. Generoso mortal, estréchame la mano en señal de que accedes á mi súplica. ¡Oh hijas mías! ¿Cuántos consejos pudiera daros, si estuviérais en edad de comprenderlos! Pero, á lo ménos, haga el Cielo que os acoja siempre una tierra amiga, y concédaos mas dichosa vida que á vuestro padre!»

En el *Edipo en Colona* se nos presenta el anciano ciego y errante: su prolongada desgracia ha sido para él una expiación, convirtiéndole de nefando en un ser elevado y partícipe de la Divinidad. Entró sin saberlo á buscar asilo en el bosque de las Furias, tremendas hijas de la tierra y de la oscuridad. Sus hijos le han expulsado de Tébas; pero la tierna Antígona le acompaña y sirve de guía fiel, de modo que su corazón está dividido entre los piadosos cuidados hacia esta, y los ímpetus de su carácter fogoso y del remordimiento que le impelen contra sus perseguidores. Pero, cuando dice su nombre, los Atenenses huyen de él horrorizados:

«Hija de Edipo, enternecidos al oír tus desgracias y de las de tu padre, os compadecemos á ambos; pero el temor á los dioses nos impide cambiar de resolución respecto de vosotros.»

EDIPO. ¡Oh! ¿qué socorro, qué beneficio se debe esperar nunca de una reputación vana y una gloria usurpada? Ved á esa Atenas, que se decia ser tan religiosa, á la que se consideraba como la única ciudad celosa de salvar á un extranjero desgraciado, como la única capaz de socorrerle! ¿Qué se han hecho para mí tantas virtudes, cuando, arrancándome del asiento en que descansaba, me echáis de vuestra patria, solo por el temor que os da mi nombre? Porque no es mi cuerpo el que os inspira, ni mis acciones, pues que de las que me atribuí, soy ménos el autor que la víctima. Si, en efecto, las que atañen á mis padres causan vuestra indignación contra mí, segun creo, ¿cuál es el crimen

de que puede acusarme, á mí que, sin saberlo, me he limitado á devolver lo que se me habia hecho sufrir, y que, aun habiendo obrado con intención, no pudiera pasar tampoco como criminal? Ignorante de todo he llegado al término á que mi suerte me ha conducido; pero los que querian mi pérdida sabian perfectamente cuántos males me irrogaban. Así, pues, ¡oh extranjeros! ¡en nombre de los dioses os imploro! salvadme, como me habéis prometido, y honrando á los dioses, guardaos de creer que no son mas que un destino ciego; creed mas bien que velan siempre sobre los justos y los impíos, y que no se libran del castigo los que faltan á su deber. No empañéis, pues, el brillo de la feliz Atenas, ejecutando acciones que la degraden; y en cumplimiento de vuestras promesas, salvad y protegéd á un suplicante que ha recibido vuestra fe.

Encuentra allí á Ismena, otra hija suya, la cual le refiere la enemistad que habia estallado entre los dos hermanos Eteócles y Polinice:

«Parecian al principio no tener mas deseo que el de abandonar el trono á Creonte, y no contaminar su patria, considerando la mancha impresa á su raza, y los horribles males que habian caído sobre tu casa. Mas ahora, impedidos por los dioses ó por su mala índole, una funesta ambición los ha excitado á disputarse el trono y el imperio. El mas jóven ha despojado de la corona á Polinice, que tenia respecto de él la ventaja de los años, y le ha expulsado de su patria. Polinice, segun cuentan, ha elegido á Argos por su retiro, contrayendo allí matrimonio y reuniendo un ejército que le sirva, ya para castigar la ciudad de Cadmo, ya para elevar hasta el Cielo la gloria de Argos. Estas no son palabras, padre mio, son hechos: en cuanto á tus desgracias, ignoro cuándo se compadecerán de ellas los dioses.»

El oráculo ha contestado que la victoria se decidirá por aquel á quien favorezca Edipo, en virtud de lo cual ambos hermanos tratan á porfía de atraerle; pero él, en un acceso de cólera, exclama:

«¡Ah! ¡Ojalá que los dioses no extingan nunca el odio fatal que los divide! Si dependiera de mí el fin de la guerra que acaba de armarlos uno contra otro, ni el que empuña ahora el cetro seguiria empuñándolo, ni el que ha salido de Tébas podria volver á entrar allí jamas. Ambos, en vez de protegerme, en vez de retenerme, á mí que era su padre, cuando fui echado con tanto oprobio de mi patria, contribuyeron á mi destierro, que confirmaron mediante un decreto. ¿Diréis que, probablemente, Tébas no hizo entonces sino concederme lo que yo mismo habia pedido? No, ciertamente; pues en aquel fatal día en que mi alma ardiendo en furor, me hacia desear morir apedreado, no se encontró quién quisiera otorgarme esta gracia. Solo despues de cierto tiempo, cuando mis dolores se habian calmado un poco, y empecé á conocer que el extravío de mi entendimiento habia sido un

castigo harto severo de mis culpas; solo entonces sirvieron de pretexto á los Tebanos para expulsarme de una manera indigna; y sin embargo, mis hijos, que podian socorrer á su padre, le negaron su apoyo, viéndome así obligado á marchar lejos de mi patria, fugitivo y miserable, á un destierro del que una palabra de su boca hubiera bastado á librarme. Vosotras únicamente, hijas mías, hasta donde os lo ha permitido la debilidad de vuestro sexo, me habéis proporcionado alimento, asilo y todos los socorros debidos á un padre; mientras que mis hijos no han pensado mas que en apoderarse de mi cetro y reinar en mi lugar. Pero ninguno de los dos me tendrá á favor suyo.»

El hombre, pues, que físicamente está en el colmo de la miseria, moralmente se eleva y adquiere un poder y majestad secretos, dependiendo de él dar la victoria á la causa que favorezca, y la fortuna al país que recoja sus cenizas. Puede, por lo tanto, ejercer la venganza negando su cadáver. Creonte es el primero que accede á solicitarlo: baja del trono para humillarse ante el pobre ciego, y no hallando en él acogida, se venga arrebatándole sus hijas. La escena del padre, privado de los únicos seres con que contaba en el mundo, es tiernísima; pero, no quedándole mas recurso que el de las imprecaciones, exclama:

«¡Ah! no; las Euménides que presiden en estos lugares no impedirán que mi boca pronuncie una imprecación contra ti, pérfido; contra ti, que vienes lleno de insolencia á robarme la única luz de mis ojos. El divino sol, que todo lo ve, te condene, en union de tu estirpe, á arrastrar una vejez tan horrible como la que yo arrastro.»

Pero Teseo, jefe de Atenas, á cuya protección se habia acogido Edipo, y que aparece retratado con los brillantes colores que un Ateniese no podia ménos de dar al primer legislador de su ciudad, restituye al infeliz padre sus hijas.

EDIPO. ¡Acercáos; venid, hijas mías; abrazad á vuestro padre! Concededle esta dulzura, de que creía hallarse privado para siempre.

ANTÍGONA. Se hará como deseas; tus votos son los nuestros.

EDIPO. ¿Dónde, dónde estáis?

ANTÍGONA. Ambas en tus brazos.

EDIPO. ¡Queridas hijas!

ANTÍGONA. ¿Cuál es el hijo que no lo es al corazón de un padre!

EDIPO. ¡Apoyo de mi vejez!

ANTÍGONA. ¡Desgraciado apoyo de un desgraciado!

EDIPO. Estrecho contra mi corazón á lo que mas amo en la tierra. ¡Ah! pues que os tengo á mi lado, no moriré del todo infeliz. ¡Oh hijas mías! rodeadme con vuestros brazos; no os alejéis de vuestro padre, y haced que descansen al fin de su larga y penosa peregrinación.

Polinice, expulsado de Tébas, acude tambien en busca del favor de su padre, como medio de obtener el mando, y muestra tal arrepenti-

miento y nobleza de alma, que Antígona y Tesco suplican al Cielo le conceda su gracia. Pero Edipo no:

«¡Pérfido! cuando poseías el cetro y la corona de Tébas, que hoy posee tu hermano, entonces expulsaste á tu padre, obligándole á vivir sin patria, y á llevar estos indignos vestidos, cuya vista te arranca lágrimas hoy que te ves sumido en las mismas desgracias que yo. Pero debo soportar, no llorar, tan cruel suerte, conservando en mi corazón, mientras viva, el recuerdo de tu parricidio. Porque tú eres quien me ha reducido á esta miserable situación; tú quien me ha expulsado y obligado á andar errante, mendigando de puerta en puerta mi sustento diario. En fin, á no ser por estas dos hijas, habria muerto, y de tu mano. Ellas me conservan, me alimentan; y el valor con que sufren en mi compañía es mas propio de hombres que de mujeres. Vosotros, ingratos, no sois hijos míos. Por eso el Dios vengador que te persigue no te mira aun con los mismos ojos que te miraré cuando los batallones, en gran número, marchen sobre Tébas; porque tú no demolerás sus baluartes, y antes que estos sean destruidos, caerás anegado en tu sangre, juntamente con tu hermano. Tales son las imprecaciones que yo habia lanzado antes contra vosotros dos, y que repito hoy para enseñaros á respetar á aquellos á quienes debéis la vida y á no abrumar con vuestro desprecio á un padre privado de la claridad del día. No es ese el ejemplo que os han dado vuestras dos hermanas; por lo mismo, el palacio y el cetro que os pertenecian serán de ellas, si es verdad que la justicia, fiel á las leyes eternas, está sentada, desde la mas remota antigüedad, en el trono de Júpiter. Vé, pues, odioso mortal; huye, malvado, huye lejos de un padre que te desconoce, y lleva estas nuevas imprecaciones mías: que nunca puedas triunfar de Tébas por la fuerza de las armas, ni volver á Argos; que perezcas á manos de un hermano, y des la muerte al que te expulsó de la ciudad. Tales son mis votos; y al Tártaro, mi dios tutelar, pido que te reciba en sus horribles tinieblas. Invoco en mi auxilio las Furias que presiden aquí, y á Marte, que ha excitado en vosotros dos tan implacable odio.»

Una vez maldecidos los hijos, se ha consumado el destino de Edipo, el cual, oyendo un trueno, conoce el anuncio de su muerte; entonces, llamando á Teseo, le dice:

«Lo que voy á revelarte, hijo de Egeo, es para esta ciudad un beneficio que no envejecerá jamas. Pronto, solo y sin guía, te conduciré al sitio en que debo morir. Guárdate de descubrir á nadie dónde está oculto, ni hacia qué lado, si quieres te sirva siempre de mejor defensa que una multitud de lanzas y escudos, tomados de los países vecinos. Pero lo mas sagrado, y que debe permanecer envuelto en un profundo misterio, lo sabrás por ti mismo cuando llegues al punto adonde voy á condu-



cirte. Quiero evitar el revelarlo á ninguno de estos habitantes, y aun á mis hijas, no obstante el amor que les profeso. Sé, pues, su fiel depositario, y cuando llegues al último de tu vida, no lo confíes sino al que esté próximo á ocupar el primer puesto, y este no lo revelará sino á su sucesor; así habréis formado de esta ciudad un escollo insuperable contra todos los esfuerzos de los Tebanos. En efecto, ¡cuántas ciudades, por bien gobernadas que estén, se han dejado cegar del orgullo! Pero las miradas de los dioses, aunque tardías, caen por último sobre aquel que, desechando las leyes de la piedad, se abandona á sus extravíos. ¡No te espongas, hijo de Egeo, á semejante desgracia! Sin embargo, cuanto pudiera yo decirte en la materia, lo sabes tú ya. Vamos, pues, porque la órden de Júpiter me acusa; marchemos, sin desviarnos, hácia el punto que me espera. ¡Hijas mías! seguidme; á mí me toca guiaros hoy, como vosotras habéis guiado á vuestro padre. Retiraos, no me toquéis, dejadme encontrar por mí mismo el sagrado sepulcro en que el destino quiere que se sepulsen mis restos. Venid, venid acá: Mercurio y la diosa de los infiernos me conducen allí. ¡Oh luz, que has perdido para mí tu claridad! tus rayos hieren hoy mi cuerpo por la postrera vez; porque mi fin se acerca, y voy á ocultarme en los infiernos. ¡Oh tú, el mas querido de cuantos me han dado hospitalidad! y tú, cortés tierra, y vosotros, generosos habitantes, sed por siempre felices, y en medio de vuestra dicha acordaos de mi muerte.»

Sale, y un mensajero refiere luego su muerte misteriosa:

« Á excepcion de Teseo, nadie puede decir cómo ha muerto Edipo, porque no le ha herido el rayo, ni la tempestad ha venido del seno de los mares á arrebatarse; pero ó un dios lo ha llevado consigo, ó los fundamentos de la tierra se han abierto por sí mismos para facilitarle el tránsito á los infiernos. Tampoco ha sucumbido víctima de ninguna enfermedad. Su muerte debe, pues, arrancar ántes admiración que llanto.»

También en esta pieza el espantoso fin se halla mitigado por los lamentos de las dos huérfanas, porque toda la tragedia griega es canto y armonía.

ANTIG. Marte no le ha privado de la vida, ni le han sumergido los mares, sino que las entrañas de la tierra, abriéndose, se han apoderado de él, y han puesto fin á su vida de un modo incomprensible. ¡Desgraciada! Una noche funesta se extiende por nuestros ojos. ¿Qué apartada tierra, qué mar borrascoso recorreremos buscando apoyo para una insupportable vida?

ISMENE. ¡Ah, no lo sé! ¡Que el Dios de los muertos me arrastre á su imperio y me reuna con mi padre! La vida que me resta no es vida.»

CORO. ¡Oh! las mas generosas de todas las hijas! Es necesario sufrir con valor los males

que os envían los dioses. No os desesperéis, vuestra suerte no es ya tan deplorable.

ANTIG. ¡Ay! Yo echo ménos hasta los males que compartía con él. El mas penoso era una dulzura para mí, cuando le sostenía en mis brazos. ¡Padre mio! ¡amigo mio! ¡tú que moras al presente en la mansion de las tinieblas, ni un solo momento ceses de amarte, ni cesarás jamas!

CORO. ¿Ha acabado pues?

ANTIG. Ha acabado como deseaba.

CORO. ¿Qué dices?

ANTIG. Ha muerto en esta tierra extranjera, donde habia deseado morir. El lecho fúnebre en que reposa está cubierto de una eterna oscuridad, y los sentimientos que nos deja nos harán verter lágrimas que no se agotarán nunca. Sí, padre mio, mis ojos no cesarán de llorar, y ni sé, ¡ay de mí! cómo podré alejar del alma tan gran dolor. ¡Tú no debías morir en país extranjero; y moriste, y léjos de mí!

Las maldiciones de Edipo se cumplieron: los hermanos se mataron el uno al otro; Creonte ocupó el trono, y prohibió bajo pena de muerte dar sepultura á Polinice. Insepulto y custodiado yace, pues, el cadáver de este al empezar la tragedia titulada *Antígone*, pues Sófocles, exponiendo los trágicos hechos de la estirpe de Layo, no quiere detenerse en los horrores de la guerra de Tebas, demasiado atroces para su alma religiosa. Alimentarse de estos, exagerar el carácter de Creonte pintándole como pésimo tirano, ó tambien el de Eteócles haciéndole ordenar al morir que se negase sepultura á su hermano, son rasgos propios de Eurípides y Alfieri; pero Sófocles prefiere la piadosa figura de Antígone. Esta resuelve cumplir con su hermano los últimos deberes, y lo consigue. Creonte, que ocupaba el trono por legitima herencia, le manda exhumar, y Antígone vuelve al campo para enterrarlo; pero entónces los que están de guardia la cogen, y es condenada á morir en una caverna.

Ved ahora delicadezas de carácter. Antígone, que sabedora del castigo impuesto se decide, sin embargo, á arrostrarlo, cuando ve próxima la muerte, se asusta y se queja de su fortuna; allí resalta el deber, aquí la naturaleza. Ismene, su hermana, que con la timidez que le es propia habia puesto siempre obstáculos al heroísmo de Antígone, ahora que sabe ha sido condenada, se acusa de ser su cómplice, y quiere compartir el castigo; primero hablaba en ella la naturaleza, luego el deber.

Antígone estaba prometida en casamiento á Hemon, hijo de Creonte, el cual, noticioso de la condena, acude á su padre amenazándole; pero Creonte le contesta con teorías antiguas, siempre nuevas.

«Pues que es la única persona en Tebas que se ha atrevido á desobedecer mis leyes, quiero mostrarme fiel á estas leyes mismas disponiendo que muera. En vano tratará de reclamar en nombre de Júpiter, alegando la sangre que á

ella me une. Si aquellos que la naturaleza me dió por parientes son indignos de serlo, iré á buscar otros en familias extranjeras, porque todo el que es hombre de bien en su casa, se muestra igualmente buen ciudadano en el Estado. Excita mi indignacion el orgullo de los que pretenden violar las leyes, ó imponer su voluntad á los que gobiernan. En las grandes cosas como en las pequeñas, en las justas no ménos que en las injustas, es preciso obedecer á aquel á quien el Estado ha elegido por señor, y el que obedece bien, mandará bien, y en un día de batalla se podrá contar con su bravura y fidelidad. La anarquía es el mayor de los males; pierde las familias, destruye los Estados, deshace los ejércitos; la obediencia es la salvacion de los que siguen sus reglas.»

Un trágico moderno no hubiera ciertamente olvidado una escena patética entre Hemon y Antígone; Sófocles se contentó con indicar sus elementos en un admirable coro:

« ¡Amor, indomable amor! tú, que ora reposas muellemente sobre ricas alfombras, y junto á las tiernas mejillas de una jóven, ora, atravesando los mares, vas á visitar la solitaria cabaña del pastor; ni los dioses inmortales, ni los hombres, cuya vida es tan corta, pueden evitar tu poder. El que te da entrada en su corazon, lleno de furor delira.

» Tú conviertes en malos á los hombres virtuosos, y los atraes al crimen; tú excitas las disputas, y siembras el desórden en el seno de las familias; la encantadora mirada de una jóven hermosa triunfa del poder de las leyes, y estos triunfos no son mas que un juego para la invencible Venus.»

El delicado sentimiento del amor, que hubiera inspirado una escena tan bella á Sófocles, no se conocia entre los Griegos, para quienes esta pasion era, ó deber conyugal ó voluptuosidad disoluta. Por eso, cuando Antígone llora su muerte, no alude siquiera á su amor, y se consuela pensando que cumple un deber:

« ¡Oh sepulcro! ¡oh lecho nupcial! ¡oh subterránea mansion que no abandonaré nunca! En tu seno voy á reunirme con los muchos parientes míos que Proserpina ha recibido ya entre los muertos. La última de mi familia y la mas miserable bajó á los infiernos ántes del término marcado por el destino; pero, al bajar á él, alimento la esperanza de que mi presencia será grata á mi padre, como tambien á tus ojos, ¡oh madre mia! y á los tuyos, hermano querido; pues que mi mano, despues de tu muerte, no ha descuidado las abluciones ni las ofrendas que te debia. Mira, sin embargo, amado Polinice, la recompensa que me dan; pero, á lo ménos, los corazones virtuosos me habrán aplaudido. En efecto, si yo hubiera sido madre y hubiese perdido un hijo; si yo hubiera tenido que llorar á un esposo, nunca intentara, contra la voluntad de la patria, semejante acto. ¿Y por qué? Porque despues de la muerte de un esposo otro puede reemplazarle; porque

el nacimiento de un nuevo hijo puede indemnizar del que nos ha sido arrebatado; pero, cuando nuestros padres han muerto, no hay ya que contar con el nacimiento de un hermano. Estos sentimientos, querido Polinice, me han hecho preferirte á todo, y aparecer á los ojos de Creonte como rebelde. Ven, pues, y recíbeme en tus brazos; conduce á tu hermana que, sin haber experimentado las dulzuras del himeneo (1), el amor de un esposo ni los placeres de la maternidad, sola, privada de amigos, baja viva á la mansion de los muertos. ¿Qué crimen he cometido contra los dioses? Pero, ¡ay de mí! ¿de qué me sirve alzar los ojos al Cielo? ¿Qué socorro he de implorar, cuando, en recompensa de mi piedad, se me trata como una impia? Si los que me han condenado merecen la aprobacion divina, me confieso culpada, y los perdono; pero si son delincuentes, que no sufran otros males mas que los que me han hecho sufrir á mí con tanta injusticia.»

Es, pues, inevitable la suerte de Antígone, cuando de repente se presenta Tiresias, que habia vaticinado estas desgracias de los Labdácidas, y viene ahora á intimar la órden de que se sepulte á Polinice:

« Los altares están llenos de las carnes ensangrentadas del desgraciado hijo de Edipo, que las aves de rapiña y los perros llevan allí de todas partes. Los dioses no reciben ya ni nuestras plegarias, ni nuestro incienso, ni el humo de nuestros sacrificios. Las aves, hartas de sangre humana, no lanzan mas que gritos funestos. Piénsalo bien, hijo mio; el error es comun á todos los mortales; pero cuando un hombre se engaña, se le debe considerar como sabio, como dichoso, si remedia el mal que ha causado, no mostrándose pertinaz. La presuncion nos conduce á la ignorancia. De consiguiente cesa de perseguir á un muerto; no hieras al que ha dejado de existir. ¿Qué valor hay en triunfar de un cadáver? »

Creonte, impetuoso y débil, le amenaza; pero luego, aconsejado por el coro, revoca el decreto, y manda sepultar á Polinice y poner en libertad á Antígone. Es tarde. Un mensajero refiere la catástrofe.

« Nos dirigimos al nupcial lecho de muerte de Antígone, y léjos aun de la caverna, uno de los nuestros oye resonar dolorosos gemidos, y lo participa al rey, el cual, acercándose mas, distingue por sí mismo los ayes lastimeros que salian de aquel sepulcro, sin conocer la causa. Sin embargo, lanzando un terrible grito, exclama: « ¡Desgraciado! ¿Serán ciertos mis presentimientos? ¿Me conducen mis pasos á ver la mayor de las desgracias? La voz de mi hijo ha sonado en mi oido. Esclavos, cor-

(1) Este sentimiento de morir sin haber contraído matrimonio no se aventuraria en nuestras tragedias: entre los antiguos es frecuente, y el ejemplo mas insigne se ve en la hija de Jefe de la Biblia, y en la mujer del jóven Tobias.



» red, volad al sepulcro de Antígona, penetrad  
» en él, decidme si es la voz de mi hijo la que  
» oigo, ó si algun dios me ha engañado. » Nos-  
» otros obedecemos, y hallamos á Antígona col-  
» gada de la bóveda del subterráneo, habiéndole  
» servido el ceñidor de lazo para atarse al cuello.  
» Hemon la tenia estrechada entre sus brazos  
» deplorando la pérdida de sus amores, la crueldad  
» de su padre y el destino de su amante. Creonte,  
» al ver tal espectáculo, se adelanta, y con gritos  
» y sollozos le dice: « ¡Hijo mio! ¿qué haces?  
» ¿en qué piensas? ¿á qué desesperacion te  
» entregas? Sal de aquí, hijo mio, sal; tu padre  
» te lo suplica. » Pero Hemon, mirándole con  
» ojos feroces, saca su espada de dos filos. Creonte  
» huye y evita sus golpes; Hemon, volviendo  
» inmediatamente su cólera contra sí mismo, sepulta  
» la espada en su seno, estrecha á Antígona con  
» brazos moribundos, y exhala el último suspiro,  
» enrojando su sangre, que brota en abundancia  
» con la fuerza de los sollosos las lívidas mejillas  
» de su amante.

Eurídice, esposa de Creonte, al oír este triste  
» relato, se da también la muerte, y Creonte  
» sobrevive castigado sobradamente por el dolor.

« Llevadme de aquí, llevad á este insensato,  
» que, á pesar suyo, á ti, hijo querido, y á ti, amada  
» esposa, ha causado la muerte. ¡Desdichado!  
» No sé adónde dirigir la vista y el pié: todo ha  
» huido de mis manos, y una desgracia superior  
» á mis fuerzas ha venido á abrumarme. »

CORO. ¡Cuán preferible es la prudencia á  
» la fortuna! El temor de ofender á los dioses no  
» debe faltar nunca. La pomposa vanidad de los  
» hombres presuntuosos les atrae á menudo crue-  
» les suplicios que les enseñan, aunque dema-  
» siado tarde, á ser cuerdos.

Este sencillo, pero tierno argumento, lo ha  
» echado á perder Alfieri, exagerando el carácter  
» de Creonte, al que pinta como un monstruo  
» inhumano, que deja á Polinice insepulto, no  
» porque hubiese dirigido las armas contra su  
» patria, ni por condescender vilmente con la ira  
» póstuma de Eteócles, sino por coger en el lazo  
» á una doncella; y todo aquel cúmulo de crue-  
» lidades se reduce al trivial espectáculo de un  
» tirano que, odiando á una jóven inducido de su  
» perversa índole, jura exterminarla y lo cumple.

Perdónesenos si alguna vez nos atrevemos á  
» mostrar que aquel ilustre Italiano se extravió  
» en sus imitaciones, creyendo que las convertía  
» en originales, exagerándolas.

Pudiera compararse con el carácter de Anti-  
» gone el de Electra, que dió motivo á Sófocles  
» para componer una bellísima tragedia. También  
» abundan en bellezas parciales sus *Traquinias*  
» y el *Ajax*.

Para completar el retrato de este poeta se  
» representó la época de Pericles, nos servirá el  
» análisis del *Filoctetes*, que tomamos de Bulwer.  
» (*Athens, its Rise and Fall*, IV, 4.)

Los críticos han colocado siempre el *Filocte-  
» tes* entre las tragedias mejor trabajadas y mas

perfectas de Sófocles. Bajo ciertos aspectos la  
» obra merece sin duda los elogios que se le han  
» tributado; pero hay un gran defecto en su  
» concepcion, que se advertirá, creemos, con la  
» mera exposicion del argumento.

Filoctetes, amigo de Hércules y heredero de  
» las flechas y del arco infalible de aquel héroe,  
» mientras la escuadra griega estaba anclada en  
» Lémnos (islote del Egeo), fué mordido en un  
» pié por una serpiente. El dolor era insoportable;  
» los gritos y los gemidos de Filoctetes tur-  
» baban las libaciones y los sacrificios de los  
» Griegos; y así Ulises y Diómedes, cuando la  
» escuadra continuó su viaje, le abandonaron  
» dormido en la vasta y ríscosa soledad de Lém-  
» nos. Allí arrastró una vida agonizante hasta el  
» último año del sitio de Troya. Entónces el fa-  
» tidico Heleno predijo que esta ciudad no caería  
» en manos de los Griegos, si ántes Filoctetes no  
» venía al campamento con las armas de Hércu-  
» les. Ulises, pues, se encargó de aquella mision,  
» y en union de Neoptolemo (hijo de Aquiles) se  
» dirigió á Lémnos, donde empieza la tragedia.

Una playa vasta y desierta, una caverna con  
» dos entradas (de manera que en el invierno  
» hubiese dos sitios donde recibir los rayos del  
» sol, y en el verano la brisa pudiera penetrar  
» allí por dos lados), y una fuente de agua  
» pura, constituyen la morada de Filoctetes.

Ulises, conforme á su índole, trata de conse-  
» guir el objeto que le guía con el engaño y la  
» astucia. Neoptolemo, que no ha visto nunca á  
» Filoctetes, debe engañarle con protestas de  
» amistad y ofrecimientos de servicios, y sus-  
» traerle entretanto las sagradas armas. Neopto-  
» lemo (personaje de un carácter al que solo  
» Shakspeare podría dar vida) tiene todo el ge-  
» neroso ardor y toda la honradez de la juventud,  
» pero conserva al mismo tiempo la tímida irre-  
» solución de las personas de pocos años. Repú-  
» gnale el bajo oficio que se le propone; al fraude  
» preferiría la fuerza abierta; pero ya que se ha  
» mezclado en la empresa, teme que su negativa  
» á seguir en ella le haga aparecer como traidor  
» á los ojos de su compañero. Ulises, que con-  
» templa su lucha interior con una superioridad  
» mas bien compasiva que desdeñosa, acude á  
» una profunda y sentimental prudencia para  
» granjearse su voluntad.

«..... ¡Oh tú, hijo de excelso padre, también  
» yo cuando jóven, tenía tarda lengua y pronto  
» brazo; pero pasó la juventud; y pesando bien  
» los sucesos humanos, veo que entre los mortales  
» se consigue todo, no con las obras, sino con  
» las palabras. »

Por último, persuade á Neoptolemo. Ulises  
» sale de la escena y se presenta Filoctetes. El  
» consuelo de aquel solitario infeliz al oír el  
» idioma nativo y al ver al hijo de Aquiles, la  
» descripción de lo que sintió cuando se encontró  
» la primera vez abandonado en aquel desierto,  
» y la narración de los males que había sufrido  
» desde entónces, todo es eminentemente paté-  
» tico. Ruega á Neoptolemo que le lleve consigo, y

cuando el jóven consiente, prorrumpe en una  
» exclamacion de alegría que debía necesaria-  
» mente despertar la mas viva emocion en el  
» auditorio, sabedor de la perfidia que se iba  
» á usar con él. Lo que distingue esencialmente  
» á Sófocles es, que en sus creaciones mas ma-  
» jestuosas sabe introducir siempre los mas dul-  
» ces rasgos de humanidad. Filoctetes no quiere  
» abandonar aquel miserable desierto sin despe-  
» dirse de su caverna, sin besar aquel único asilo  
» que no negó un refugio á sus pesares.

En la alegría de su corazón el pobre iluso se  
» imagina que ha encontrado la sinceridad en el  
» hombre, en la juventud. Confía por lo tanto á  
» Neoptolemo las flechas y el arco; pero cuando  
» trata luego de ponerse en marcha, los dolores  
» de la herida le impiden moverse. Esfuérase en  
» vano á fin de ahogar sus gritos; el cuerpo  
» prevalece sobre el alma. Esta me parece la  
» mancha de la tragedia, pues se reduce á la re-  
» presentación de un padecimiento físico, el cual  
» se aumenta hasta el punto de caer Filoctetes en  
» la insensibilidad ó en el letargo. Yace tendido  
» y el jóven vela junto á él. La pintura es tierna.  
» Neoptolemo, luchando consigo mismo, no se  
» aprovecha de la ocasion. Entretanto Filoctetes  
» recobra sus sentidos; está dispuesto á partir,  
» y le suplica que se dé prisa; pero Neoptolemo  
» se niega á ello; con lo que se despiertan los  
» recelos de Filoctetes, empezando á temer que  
» debe verse abandonado también por él. Al fin  
» el jóven hace un violento esfuerzo, y rompe de  
» repente su silencio, exclamando:

« Tienes que acompañarme á Troya, al cam-  
» pamento de los Griegos y de los Atridas. »

¡Al campamento de los Griegos! ¡de los Atri-  
» das! ¡de los que cometieron tan gran traicion  
» con Filoctetes! ¡de aquellos hombres indignos  
» de perdon, contra los cuales hace mas de diez  
» años que pronuncia las maldiciones de un co-  
» razón ofendido, de un mortal abandonado y so-  
» litario! El infeliz que tanto se había consolado  
» al encontrar un hombre compasivo, se aflige  
» excesivamente al verse engañado y al oír que  
» no quiere devolverle el arco.

« ¡Oh el mas cruel y pèrido de todos los  
» hombres! ¡oh el mas odioso de todos los for-  
» jadores de engaños! ¡qué crimen, qué traicion  
» has tramado contra mí! ¡Desgraciado! ¿no te  
» avergüenzas de verme á tus piés suplicante?  
» Me has arrancado la vida, quitándome mis ar-  
» mas. ¡Vuélvemelas, te lo ruego, vuélvemelas,  
» hijo mio! En nombre de los dioses patrios, no  
» me despojes de mis armas... ¡Ay de mí! No  
» me responde... Sus miradas me anuncian que  
» no me las restituirá... Playas de Lémnos, rocas  
» en que se estrellan las olas, cavernas que ser-  
» víis de habitacion á los animales de las monta-  
» ñas, montes escarpados, á vosotros me dirijo!  
» pues nadie mas oye mis palabras; á vosotros,  
» acostumbrados á mis dolores, me quejo de la  
» perfidia del hijo de Aquiles. Me juró condu-  
» cirme á mi patria, y ahora me lleva á Troya.  
» En prenda de su fe me alarga la mano; recibe

de la mia las armas de Hércules, del hijo de  
» Júpiter, y se las guarda! ¡Quiere presentarme  
» á los Griegos, emplea al efecto la violencia,  
» como si tratara de vencer á un hombre lleno  
» de vigor y de vida: no sabe que asesina á un  
» muerto, á un fantasma, á una sombra! ¡Ah!  
» si yo tuviera mi antigua fuerza, no se habría  
» apoderado de mí con tanta facilidad, y aun en  
» el estado en que me hallo, para conseguirlo se  
» ha valido de la astucia. ¡Desdichado! ¿qué  
» haré?... ¡Ah! vuélveme el arco... Recobra el  
» carácter que mostraste al principio. »

El que ha experimentado la traicion bajo el  
» velo de la amistad, diga hasta qué punto está  
» bien imaginada esta situacion y bien expresada  
» ésta queja. El hijo del sincero Aquiles no puede  
» resistir mas tiempo, y va á restituírle las armas,  
» cuando Ulises sale de improviso á la escena á  
» estorbarlo. Al fin es preciso abandonar al pa-  
» ciente, abandonarle de nuevo, solo, en el de-  
» sierto. Él no puede ir con los que le han vendi-  
» do, ni ser ocasion de gloria y de conquista  
» para sus inhumanos enemigos: en la cólera de  
» su indignado corazón hasta el desierto le es  
» mas dulce que el campamento griego. Pero  
» ¿cómo vivir sin su arco? El hambre añade un  
» nuevo horror á su terrible soledad; á las fieras  
» les será ahora fácil entrar en su caverna; si  
» bien mostrarse crueles con él equivale á mos-  
» trarse piadosas. La lucha de sus varios afectos,  
» cuando los marineros (de que se compone el  
» coro) se preparan á partir, está expresada del  
» modo siguiente:

FILOCTETES. Déjame, véte.

CORO. Con gusto, con alegría recibimos se-  
» mejante orden. Vamos, compañeros; la nave  
» nos aguarda.

FILOCT. ¡Ah, no; por Júpiter! no partas, te  
» lo ruego.

CORO. Tranquilízate.

FILOCT. ¡Amigos, no os vayáis; en nombre  
» de los dioses os lo suplico!

CORO. ¿Qué pretendes con esos gritos?

FILOCT. ¡Ay de mí! ¡Cruda suerte! me siento  
» morir. En adelante ¿cómo, mientras dure mi  
» vida, aliviaré este pié desgraciado? ¡Extranje-  
» ros, permaneced aquí!

CORO. ¿Y para qué, si tú mismo acabas  
» de....

FILOCT. No deben llamar la atencion los  
» gritos que lanza un hombre desesperado en el  
» delirio del dolor.

CORO. ¡Sígueme, pues, desdichado!

FILOCT. ¡Nunca, nunca! Mi resolucion es  
» irrevocable. No; aunque el mismo Júpiter vi-  
» niera á destruirme con sus rayos. Perezca Troya  
» y todos los que la sitian; perezcan los crueles  
» que se atrevieron á rechazarme de su lado á  
» causa de mi herida. Pero ¡oh extranjeros! no  
» os pido sino una sola gracia.

CORO. ¿Cuál es esa gracia?

FILOCTETES. Si tenéis alguna espada, algun  
» hacha, algun arma, en fin, dádmela.

CORO. ¿Qué pretendes hacer con ella?